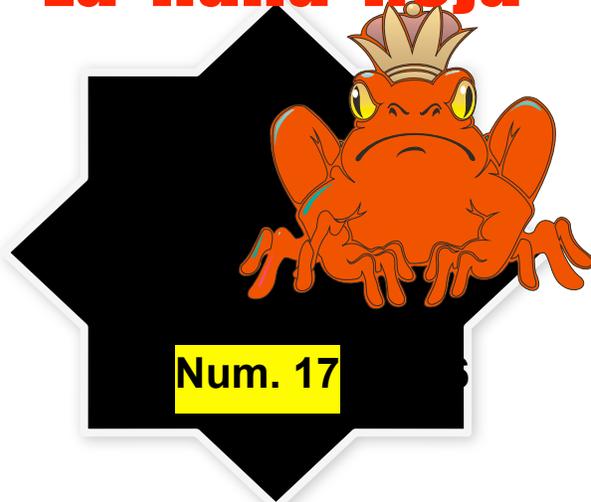


La Rana Roja



Num. 17

AGOSTO-1- 2010

(SEGUNDA ÉPOCA)

En nuestro blog <http://elclubdelossatiricos.blogspot.com> , podrán hallar nuestros ciberlectores todo lo que hemos publicado de 4 archivos hasta ahora: **Poesía Erótica, Festiva, Parodia Poética, Poesía Escatológica y Micro Cuentos y Relatos** de la eximia revista satírica literaria la Rana Roja. Ya está en el Blog la Poesía Satírica.



Las hijas de Circe es la nueva serie de cuentos y relatos que, en su segunda época presenta la insuperable revista literaria **La Rana Roja** a partir del número anterior. Martré abre un bello abanico de mujeres fatales, mayoritariamente mexicanas. Ya el cine mexicano de los años 40 y 50 nos había ofrecido un búcaro exquisito de rumberas rompedoras de corazones. La literatura mexicana nos había ofrecido otras, pero no tantas, ni juntas, ni de un solo autor como las que aquí aparecerán. Deseamos que las disfruten, son tan malas como las francesas o las argentinas.

Vayamos al mundo de las féminas fatales. Principiamos con una virgen, seguimos ahora con una dama de sangre azul. ¡Cómo! ¿En México no existe la nobleza? ¡Claro que existe!, en el caso que nos ocupará en este número, una descendiente de reyes indígenas demuestra que su sangre es tan o más azul que la de Carolina de Mónaco o de la finadita Diana. Y que es capaz de enredar hombres y perderlos con la misma facilidad que lo hace Maritoña Pons en la película de rumberas “La bien pagá”; dejemos libre la enfermiza imaginación de Gonzalo Martré.



MUJER DE SANGRE AZUL

Dagoberto laboraba como vigilante diurno en el Plantel 1 de la Preparatoria de la UNAM, su trabajo consistía en estar ocho horas en la puerta de entrada oyendo la radio y, ocasionalmente viendo pasar a los alumnos. En dicho plantel no era necesaria la identificación para entrar, por eso se aburría. Tan sólo en algunas ocasiones se presentaban problemas, por ejemplo en la “quema del burro”, y entonces recibía órdenes de pedir credencial a todo aquél con facha de alumno que pretendiera acceso.

En la radio oía alusiones a reyes (Inglaterra, Países Nórdicos, España, Bélgica) principados (Mónaco, Luxemburgo) y sus respectivos duques, marqueses y demás nobles. Dag estaba casado con una mexicanita joven y de no mal ver, con todas las características de la raza de bronce, la cual era auxiliar de intendencia en la dirección del plantel. Dag

fantaseaba alrededor de un encuentro fortuito con alguna princesa de sangre azul, ilusión alimentada año tras año, infructuosamente, porque al plantel llegaban alumnas prietitas en un noventa y cinco por ciento; el resto, de origen alemán por estar ahí cerca una colonia de teutones, bien podía pasar por nobleza germana, pero ninguna llevaba el *von*, y una vez entrado en pláticas, resultaban todas hijas de comerciantes o empleados sin ningún vínculo con la nobleza europea.

Entre las maestras había una con porte de princesa, guapísima además de nombre Larissa. Dag alimentó la creencia de una noble estirpe, hasta que cierto día la linda Larissa tuvo un pequeño accidente a resultas del cual sangró de uno de sus delicados dedos de la mano izquierda. Dag contempló desolado, como fluían algunas gotas de plebeya sangre roja. Aquel vil color lo convenció del origen vulgar de su admirada. “No basta la prestancia de princesa”, se repetía Dag incansablemente, “es condición indispensable tener sangre azul”. Es de advertirse que Dag creía dogmáticamente en la existencia de la sangre azul, y como Larissa mostraba algunas finas venas azules en su grácil cuello de cisne, Dag había deducido el alto linaje de su cuna.

Rechazaba toda lectura donde no interviniera algún rasgo de nobleza. Las novelas de Dumás padre y Zévaco eran sus favoritas por rendirse en ellas un culto al señorío; odiaba, por las mismas razones, toda referencia a la revolución francesa. Sufrió lo indecible durante la semana dedicada en el plantel al bicentenario de dicho movimiento social y, para no hacer corajes, agotó sus días económicos y ordenó a su esposa le marcara la tarjeta cuando ya no tuvo derecho a uno más.

Había una maestra de Historia, española nacionalizada, que pregonaba descender del Marqués de Riscal en línea recta. Hermosa en su juventud, a la sazón cumpliendo sus primeros cincuenta años, gustaba de hablar con Dag de sus ancestros, entre los cuales se contaba al vitivinícola marqués. Un día Maritonga, hipocorístico familiar, le regaló una botella de vino tinto de “su marca” y explicó a Dag durante casi tres horas su árbol genealógico. Desde entonces le mereció un respeto especial; le lavaba el coche gratis y le hacía toda clase de mandados. Maritonga le pagaba contándole cómo el tozudo de su padre había abrazado la causa republicana en la guerra civil española y cómo no tan sólo había perdido el título nobiliario, sino todo su patrimonio.

Terminado el abominable homenaje, el bicentenario, organizado por Maritonga con mucho entusiasmo y efectividad, Dag puso en tela de juicio la hidalguía de la maestra, pues consideraba impropio haber aceptado ese encargo. Incluso le entró la duda sobre el color real de la sangre maritonguesa y decidió comprobarlo.

Como en su casa abundaban las chinches, seleccionó la más vieja, que por grande sería necesariamente muy voraz, la tuvo en ayuno una semana y al lunes siguiente, al comedirse a sacar los libros del coche, disimuladamente se la pegó en el brazo. Maritonga no sintió el

pinchazo, pues dos segundos más tarde se enfrascó en violento altercado con el inflexible Angel Ayala, quien ya había retirado las listas de firma de entrada. No fue difícil por ello arrancarle el acárdo con un suave movimiento y guardarlo en su bolsillo. Apenas estuvo solo, sacó la chinche, la aplastó y confirmó sus temores: ¡Maritonga no tenía sangre azul! A partir de ese instante se acabaron las lavadas gratuitas del coche y los acarreos de libros, trabajos y listas que la maestra gustaba de llevar en exceso.

Comprendió que sus posibilidades de conocer de cerca a cualquier miembro de la nobleza eran muy remotas; hidalgos autóctonos no existían, turistas o empresarios extranjeros tal vez; esos y los habitantes de Europa eran inabordables, en razón de ser trabajador precarista universitario.

Al comenzar un nuevo año lectivo se le acercó una estudiante de recién ingreso, de nombre Chelito, y le preguntó qué hacer para cambiar de turno, pues la habían mandado al nocturno y deseaba el matutino. La chica poseía unos ojos verdes iridisados y enmarcados en unas cejas negras que contrastaban con su pelo castaño y su piel apiñonada. Su habla era muy lenta, su voz dulce y sus palabras convincentes. Chelito estaba pasada de peso, gruesa, sin llegar a panzona, pero para Dag poseía un atractivo muy personal, pues él se pirraba por las mujeres velludas, y Chelito lo era. No como Yextla, su mujer, quien ostentaba profusión de vellos en antebrazos y pantorrillas, vellos negros gruesos y muy visibles, característica de la mayoría de las velludas del plantel; los vellos de Chelito eran güeros y muy finos, mas bien una delicada pelusilla que le cubría antebrazos, pantorrillas y hasta le marcaba un casi invisible bozo sólo perceptible por el reflejo de la luz solar. Chelito también poseía un trasero prominente, pero dicho atractivo pasaba a segundo término para Dag. Chelito lo fascinó al instante de conocerla, por la belleza sedosa de su pelusa cutánea.

Los cambios estaban restringidos permanentemente; se les otorgaba a quienes demostraban vivir muy lejos, Mixquic o Chalco, por ejemplo, y de preferencia a estudiantes mujeres menores de quince años. Chelito reunía los requisitos, era de Chalco y todo lo que debía hacer era solicitar su cambio y esperar. Dag mismo la llevó con Alex, conmovido por su situación, pues, u obtenía el cambio o perdía la inscripción. Pero el caso de Consuelo no era el único, y a ella se le había ocurrido solicitar otro turno en la última hora del último día del plazo. Insistió y perseveró, hasta que se hizo bien conocida en la dirección del plantel. No importunaba, sólo dejaba diaria constancia de su presencia, limitándose a tejer con gancho. Las secretarías sospecharon que Chelito tejía chambritas, pero de sus manos salió una bufanda de multicolor trama complicada. Fue la última de la lista de espera, pero obtuvo el anheladísimo cambio de turno. Alex recibió la vistosa bufanda de hilo imitación seda, la cual lució ese invierno.

Mas Chelito no entraba a clase, Dag la veía comiendo garnachas en los puestos, tejiendo y platicando con algunos amigos, o bien sentada en la rosaeda central del claustro, durante

toda la mañana, sola casi siempre y sin libros, tan sólo su tejido en la mano, junto a su bolso, del cual salieron mascadas, pañuelos y prendas menores obsequiadas a compañeros, maestros y empleadas. Tejió una chambrita, pero para la esposa de Dag, quien había anunciado su reciente embarazo. ¿Para eso había solicitado el cambio de turno con tanta insistencia?

El plantel poseía los más hermosos jardines de toda la Escuela Nacional Preparatoria. Ya en plena primavera, e intrigado por la actitud de la estudiante, cierta vez que la encontró sola, Dag no resistió el deseo de conocer la causa de su extraño comportamiento y ocupó lugar junto a ella:

-¿Por qué jamás entras a clases, Chelito? Vas a reprobar el año, porque a estas alturas, no lo salvarás.

Chelito no respondió, pero se puso nerviosa, pues bien comprendía el reproche. Inadvertidamente jugueteó con la planta que tenía más a mano, un rosal.

-Le quitaste el lugar a otra chica que lo habría utilizado mejor que tú.

-¡Uch! –exclamó Chelito al pincharse dos dedos con las espinas del rosal. Instintivamente se llevó los dedos heridos a la boca y, para asombro de Dag, la sangre que goteaba de las gordezuelas yemas... ¡era azul! Dag le tomó la mano herida, pero Chelito hizo el intento de retirarla. Forcejearon, Chelito demostró tener gran fortaleza, pues ganó la partida y ocultó su mano en la espalda. En el estira y afloja, algún rastro de sangre vertida quedó entre los dedos de Dag, que la contempló atónito:

-¡Eres de sangre azul! – Exclamó alborozado por el feliz hallazgo. -¡Eres noble! –afirmó ya con respeto y casi inició una reverencia de pleitesía. Ella permaneció muda.

-¿De qué noble familia descendes? ¿Príncipes, duques, barones?

-Mi madre fue italiana –musitó ella, sin temor a ser objeto de ludibrio.

Dag suspiró; al fin, al fin una noble de verdad, no de pacotilla, a su alcance; ¡increíble, podía tocarla sin que se deshiciera entre sus dedos!

-¿Permites que te llame alteza?

Sólo cuando estemos a solas –consintió la princesa Chelito.

Dag canceló el interrogatorio. Una princesa hace lo que le pluge y no tiene porqué rendir cuentas a nadie. Desde ese día surgió una gran amistad entre ellos. Platicaban a solas constantemente, hasta que la esposa de Dag fue informada por una alma piadosa de los supuestos devaneos de su marido. Vinieron las explicaciones y a continuación Yextla fue

obsequiada con chambritas, zapatines, guantecitos y demás vestuario del futuro recién nacido. Eran tan bonitas, tan finas las prendas, que Yextla prefirió ahuyentar los celos.

Su Alteza, por supuesto, no aprobó una sola asignatura, pero no desertó del plantel, se reinscribió en cuarto.

A medida que el embarazo de Yextla avanzaba, Su Alteza se ponía más y más taciturna. Comenzó a tejer una capa negra con elaborados arabescos de hilo plateado, para su vasallo.

La admiración por la pelusilla cutánea y su reverencia a la alcurnia, se transformaron en amor. Chelito le permitía que la tomara de la mano y depositara un beso en el dorso sedosamente velludo, a modo de salutación cotidiana.

Dag no era el único poseedor del secreto sobre la sangre azul. También Arlette Ivette lo supo en ocasión de padecer Chelito una hemorragia nasal producida por una asoleada inclemente. Arlette Ivette era compañera de grupo y pasaba cerca cuando a Chelito le acometió el efluvio sanguíneo, sin estar dotada de pañuelos suficientes. Arlette Ivette se ofreció gustosa a proporcionarle unos y quedó maravillada del color azul oscuro de la sangre de su amiga:

-¿Este es el color normal de tu sangre?

-No lo es –mintió Su Alteza- no sé por qué sale de este color.

-Tendrás alguna enfermedad rara. ¿Quieres vayamos a ver al doctor del plantel?

-Ya se me está pasando –denegó Chelito, y en efecto, la hemorragia bajó a la fase de goteo y a poco desapareció.

-De todos modos tienes que ver a un médico. Este color no es normal.

-Te prometo que lo haré, Arlette –dijo, y después de hacer una bola con los pañuelos sucios, los arrojó al cesto más próximo

-Mejor me voy a mi casa –decidió Chelito y pausadamente, como era su costumbre desplazarse, caminó hacia el portón, se detuvo un minuto en la caseta de Dag y salió. Arlette Ivette hurgó en el cesto, sacó la bola de pañuelos de papel, comprobó la permanencia del color azul y con ella fue hacia el laboratorio de biología en busca de su maestra Sorela, a quien le mostró los desechables empapados de aquella sangre de extraño color. Pintura ni tomadura de pelo era, la maestra se intrigó y prometió investigar.

La prenda avanzaba y el amor de Dag paso a la pasión física. Del beso en la mano, respetuosamente besó los labios de Su Alteza. Ella lo consintió, pero no lo compartió.

La capa casi estaba terminada, las pruebas de talla fueron un magnífico pretexto para abrazar a Su Alteza, quien dejaba hacer, pero no correspondía.

De hombros, la capa negra estaba bien. El vuelo perfecto, la caída impecable, cintura un poco estrecha y tal vez excesivo largo porque le llegaba a los talones. Dag insistía en verse al espejo, pero Chelito argumentaba que le faltaban detalles. El día que la trajo con la botonadura montada, ella le sugirió a Dag probársela a solas, sin la posibilidad de una interrupción.

-¿Le parece bien el gimnasio, Su Alteza?

El Gimnasio era un lugar ideal porque no estaba concluido. Desde hacía cinco años no pasaba de la obra negra e incluso fue tapiado para evitar su conversión en refugio de pandilleros y viciosos. A la sazón servía de bodega de materiales de construcción, y Dag consiguió con el residente de obras, permiso y llave de la puertecilla de acceso.

Era uno de esos frecuentísimos días en que Yextla faltaba amparada por la figura sindical de “cuidados maternales”; la pareja esperó pacientemente hasta las dos y media de la tarde, momento en que el plantel se hallaba semivacío. Nadie vio cuando entraron en el enorme casco deteriorado. Ella paró exactamente en medio de la desolada superficie gris de la futura cancha de baloncesto y ordenó:

-Quiero que te pruebes la capa completamente desnudo.

-Será como manda Su Alteza.

Dag hizo un *streap tease* lento, teniendo a Su Alteza a medio metro con la capa doblada.

-Supongo que Su Alteza también se desnudará –adelantó Dag.

-Supones bien, Dag; primero te pondré la capa. –Su Alteza no prestó atención al cuerpo desnudo de su admirador y vasallo, delgado, duro. Dio tres pasos y se colocó detrás de él; desdobló la prenda y la echó encima de los hombros masculinos, luego abotonó el cuello y un par de grandes botones dorados hasta juntar las orillas.

-No te muevas, Dag. Voy a desnudarme- anunció con una voz extrañamente cambiada, como el piar de un pollito perdido.

Naturalmente, Dag obedeció la orden. Ella se desvistió sin prisas. Aquel vello abundante en brazos y piernas que enloquecía de deseo a Dag, finísimo vello claro, resultó estar también en todo el cuerpo, tupiéndose en el pubis, donde no era de color uniforme, sino de matices iridisados como sus ojos. Su Alteza se encontraba a unos tres metros de Dag. Comenzó a avanzar, Dag fijó sus ojos hipnóticamente en las pupilas de ella, sin ver otra cosa, esperando vehemente, con codicia, el momento del contacto de su erecta virilidad con aquel plumón

iridisado: con certeza todas las damas nobles de sangre azul eran suave, acolchadamente velludas, una y otra característica se completaban, de ahí esa fuerte fijación por ellas. Así meditaba y no advirtió una rápida metamorfosis que se operó en Su Alteza a medida que avanzaba, palmo a palmo; sus extremidades enflacaron y su abdomen se abombó; el recinto se convirtió en el gimnasio en el que se suicidan los fantasmas después de jugar al baloncesto entre sí, el gimnasio desnudo llamando a su propia puerta y llamando con todo su negro cielo “velluda, dijo ella, velluda, más velluda que tu esposa”. Dag esperaba un beso y lo recibió; un beso enfebrecido y loco como los de Catalina la Grande, profundo y duradero como los de la reina Victoria. Nunca supo si fueron minutos o fueron horas transcurridas durante aquel regio beso abrasador.



A las dos de la tarde, Yextla le dio su papilla de manzana al bebé, lo baño y se le ocurrió de repente ponerle la única prenda que medianamente le venía entre todas las regaladas por Chelito: un mameluco. Luego durmió. A las cuatro de la tarde debía llegar Dagoberto, pero no apareció. A las cinco decidió comer sola, con la certeza de que su marido habría aceptado una de las frecuentes invitaciones a beber, provenientes de los borrachotes de sus compañeros de trabajo los cuales nada tenían de nobles, bien vulgarcitos eran, sobre todo el fotógrafo Raúl y el multicopista Caruso. A las seis, extrañada de que el niño no despertara en demanda de biberón, fue a verlo.

Por toda la casa resonó el grito de terror que exhaló, antes de desmayarse, pero nadie la oyó porque se hallaba sola.



A las ocho de la noche, empavorecida y demente habló por teléfono al plantel, pero no localizaron a su marido. No, su tarjeta no tenía marcada la salida. A las diez de la noche, hora de cerrar el plantel, la tarjeta permanecía sin marcar.

No fue Yextla, sino una pareja de agentes judiciales la que se presentó a preguntar por Dag a las seis de la mañana. La tarjeta tenía marcada la entrada, luego Dag debería estar en el plantel. Sin embargo, nadie lo había visto llegar. Contrito, Felipe, el coordinador de prefectos, gran amigo de Dag, confesó haber marcado esa tarjeta. A las ocho se le voceó insistentemente por el sonido local, Dag no apareció. A las diez de la mañana, el joven ingeniero residente de obras subió con la jefa de unidad administrativa y confesó el préstamo de la llave del gimnasio.

A las diez quince, un cerrajero abrió el gimnasio. A las diez y diecisiete, los dos judiciales hallaron a Dag momificado, reseco como un palo muerto, desnudo y envuelto en una prenda

de seda negra tejida a mano, que en la espalda tenía el dibujo en hilo plateado, de una telaraña; una baba fina, brillante y fétida cubría el bulto.

-¡Dios nos guarde! –exclamó el más joven de los dos agentes- ¡murió igual que su hijito!

-Pero el niño no tenía esa asquerosa baba- diferenció el otro agente.

Todos los presentes se santiguaron.



Exactamente a esa hora, no lejos de ahí, la maestra Sorela explicaba a Arlette Ivette:

-Lo que me trajiste es sangre, es cierto, pero no humana, sino de arácnido. La sangre de los arácnidos, como la de otros grupos del reino animal (límulos, algunos crustáceos y moluscos), no es roja, sino azul. El pigmento que vehicula el oxígeno es la hemocianina, una proteína que contiene cobre, y no la hemoglobina, que contiene hierro.

Lo que me sorprende es el volumen de la muestra que me trajiste. Cada araña posee unos ocho milímetros cúbicos de sangre. ¿A cuántas remoliste para traerme esa muestr

-A ninguna, maestra Sorela. Salió de la nariz de Chelito, yo lo vi, yo le presté los pañuelos

-Entonces, tráeme a esa Chelito, es un fenómeno. Debe ser peluda, panzona, nalgon y con ocho patas flacas, como ésta, la *Eurypelma californicum*- dijo riendo la maestra, a la vez que ponía delante suyo un ejemplar disecado de la especie nombrada.

Arlette Ivette sonrió forzosamente, al recordar en el acto el primer apellido de Chelito, citado por los maestros cuando le pasaban lista: Euripel.

-Sí, maestra Sorela, se la voy a traer.

Chelito Euripel Tarantella dejó con Alex un sobre cerrado para Arlette Ivette, antes de desaparecer para siempre del plantel. Cuando la destinataria lo abrió encontró una reproducción de *Fotographie* de Man Ray, que representaba a una mujer desnuda cuyo sexo era el centro de una telaraña. Arlette Ivette no era muy lista y no entendió el mensaje.

Yextla se cree madame Du Barry, sigue trabajando en el Plantel 1, donde todos la llaman Milady Yextla, desde que le dio por invocar al finadito como “mi rey”, prendiéndose además, diademas y coronas de bisutería.

Invención de la monogamia

(Sátira sobre el tabú del incesto)

Mario Roberto Morales

La monogamia fue primero un método de castigo para quienes practicaban el incesto.

Dicen que en los dorados tiempos del matriarcado, a nadie podía importarle quién era su padre porque la intensa práctica poligámica de las madrecitas impedía que hubiese manera de saberlo. Luego de que el primigenio conocimiento de las bromas pesadas que suele jugarnos la genética determinara la instauración del tabú del incesto, las tribus se reunían (a menudo después de guerrear por territorios) para intercambiar mujeres, lo cual ocurría mediante alegrísimas y prolongadas bacanales que aseguraban el nacimiento de niños sanos y sin los defectos que acusaban los que eran engendrados y concebidos entre familiares dentro de la cerrada comunidad tribal.

Dicen también que la monogamia se convirtió en una forma predilecta de castigo que se aplicaba a quienes violaban el tabú del incesto, encerrándolos en un hogar, condenados a tenerse sólo el uno al otro, mientras los demás se dedicaban aplicadamente a engendrar y concebir niños bellos, fuertes y sanos.

Se afirma que cuando los hombres fueron capaces de acumular riqueza, empezaron a preocuparse por la transferencia de sus bienes a la hora de su muerte, y decidieron que dejarían su herencia sólo a quienes fueran hijos suyos. Para asegurarse de que esto ocurriera así, hubo necesidad de que la poligamia no fuera practicada más que por los hombres, de modo que éstos inventaron la familia y, con ella, la virtud femenina de la virginidad como un valor que enaltecía a la mujer como un ser sacrificado, haciéndola receptáculo de la bondad, la belleza y la abnegación. La familia fue, pues, la institución que viabilizó la continuidad consanguínea de la propiedad privada. Y la mujer, el pivote crujiente sobre el que se erigió el yugo de la familia. El patriarcado nacía y el matriarcado moría.

De aquí, que se afirme también que la monogamia como conducta socialmente aceptada y buena es reciente en la historia de la humanidad, al igual que el patriarcado, la familia y la misma propiedad privada. No se trata de disposiciones divinas sino de construcciones ideológicas para perpetuar una forma de poder. Por ello, quienes transgreden estas instituciones y sus correspondientes moralidades, son considerados inadaptados o

antisociales, y se les castiga con la pena de la marginalidad respecto de lo bueno, lo bello, lo civilizado.

Si todo lo que se dice fuera cierto, habría que aceptar que los instintos se hallaban en mucha mejor situación social en tiempos del matriarcado que en los del patriarcado, ya que, ahora, los mismos deben ejercerse en forma oblicua y clandestina, lo cual los impregna de un inmerecido tinte de ilegitimidad que siempre viene asociado a la culpa, haciendo del seguimiento de los pasos de la naturaleza un delito en contra de la civilización.

Por eso suele afirmarse también que la civilización se opone a la naturaleza, a los instintos, al impulso, ya que pretende normarlos y ordenarlos, lo cual equivale tanto como a parar el caudal de un río con las manos o a impedir el crecimiento de una raíz de árbol con un vulgar bloque de cemento.

Siguiendo esta lógica, la asociación del ejercicio de la poligamia con la culpa quizás vendría a ser la perversidad más grande que ha perpetrado la humanidad en contra de sí misma. Por lo cual, la religión, la política, el mercado y las ideologías (es decir, la civilización tal como la conocemos) no pueden jamás ser instrumentos de emancipación del tribalismo caníbal que impera en el siglo XXI, pues es obvio que un tribalismo sin matriarcado no puede ser un tribalismo feliz. Esto, debido a que la necedad egoísta de querer estar seguros de su paternidad, hace de los hombres los respetables caníbales de la actualidad, considerados por el vulgo tanto más virtuosos cuanto más legitimados sean por la religión, la política, el mercado y las ideologías.

La inútil obsesión monogámica vendría a ser entonces uno de los inequívocos signos de la decadencia de las civilizaciones actuales. Pero lo más sorprendente no es esto, sino lo increíblemente hermosa, placentera y plausible que resulta ser la obvia solución a nuestros males, así como el carácter terriblemente absurdo y suicida de la aplicada renuncia que a esa solución hacen, con lujo de cotidiana impudicia, los respetables hombres y mujeres de buena voluntad.

EL "CAMARADA " MONSIVÁIS

AHORA QUE MONSI FELPÓ SE LE ATRIBUYEN HECHOS Y DICHOS DE MUY DUDOSA VEROSIMILITUD, TAL VEZ PARA CORONARLO CON LA AUREOLA DE SANTO, COMO AL PAPA POLACO: QUE SI LE GUSTABA EL ARROZ CON POPOTE, QUE SI NO, QUE SI

SABÍA 17 IDIOMAS, QUE SI NADA MÁS 15, QUE ACUMULÓ 311 DOCTORADOS “HONORIS CAUSA”, QUE FUERON 500, ETC. , COMO ESA ESPECIE QUE RUEDA POR LA RED ALEGANDO QUE SI FUE O NO FUE MIEMBRO DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, SOBRE LA CUAL LA RANA ROJA BRINCA GUSTOSAMENTE:

Original Message ----- From: "Mario Rivera Ortiz" <cuini@prodigy.net.mx>
To: ""Ma. Luisa González Marín"" <gmarin@servidor.unam.mx>
Sent: Friday, July 02, 2010 4:17 AM
Subject: Re: Re:

Hola estimada Marisa, contesto tu mensaje del 01, 07.2010, en el que me dices: "Estimado Mario: Monsiváis si estuvo en el partido Comunista, fue camarada de Bernardo y de una de las hijas de Valentín en la Juventud Comunista". Saludos, Marisa.

Contesto:

1.- Las hermanitas Campa, su papá y dos o tres personas más, quienes constituían el POCM, ingresaron al PCM (Carlos Sánchez Cárdenas se fue al PP) inmediatamente después del XIII Congreso Nacional, realizado en mayo de 1960, que readmitió a Valentín Campa y reinvidicó la memoria de Hernán Laborde.

2.- En abril de 1960, José Revueltas y 12 militantes más de las células rebeldes "Marx" y "Federico Engels" abandonaron el PCM e ingresaron al POCM. O sea, estimada Marisa, que cuando las hermanitas Campa llegaron al PCM el compañero Bader ya no estaba ahí y mucho menos en la JCM. Igonoro si él entro al POCM ¿Cómo entonces, Bernardo y "una de las hijas de Valentín" fueron según tú, "camaradas en la Juventud Comunista"? Por lo demás, la edad de Valentina y Fernanda, en el momento que llegaron al partido ya no permitía su ingreso a la juventud, hubiese sido muy forzado. Fueron adscritas a células de base del DF, y ya.

3.-Marisa afirma enfáticamente que "Monsiváis sí estuvo en el Partido Comunista", sin aducir prueba alguna más que su dicho. Debo repetir que Monsiváis no aparece en la lista de personas que formaron parte de las células disueltas, ni en el grupos de 13 compañeros que se fueron al POCM; tampoco figura en el índice onomástico de "Historia del comunismo en México" (AMV, 1985). Entonces, si hay dudas Marisa, vamos a los DOCUMENTOS y a los TESTIMONIOS confiables y aceptemos la verdad, cual sea.

Lamentablemente ya algunos de los actores de aquella comedia están muertos o fuera de juego, aunque quedan algunos vivos y lúcidos.

4.- De otro lado sospecho que el **excesivo ensalzamiento** de Monsiváis no es un asunto tan simple, se trata por supuesto de "vanidades humanas", como dice ahora Amael Vizzuett Olvera en "Forumenlinea", pero también de

afianzar íconos clasemedieros que tanto tiempo, en México, han usurpado la presencia de una verdadera izquierda revolucionaria. No es casual pues, la fuerte campaña que con ese fin

sostiene la prensa liberal y otros medios para sacralizar a Carlos Monsiváis. Sin más recibe un saludo cordial. Mario Rivera Ortiz

From: [Rodolfo Echeverría](#)

To: [forumenlinea](#)

Sent: Sunday, July 04, 2010 8:48 AM

Subject: Re: Para Chicali

Mi estimado compañero Mario, no hago afirmaciones de burocratismo, me refiero al hecho de haber sido o no miembro del PCM por medio de un papel, lo de Monsivais fue algo muy fugaz y pasajero pues había una situación muy irregular y desorganizada en el partido en ese momento, por eso y por las expulsiones en el comité del DF se formó la JCM en la universidad y fue en esa época cuando militaron en la JCM la Chata y los demás. Por otro lado, hay que escribir esa historia y tú has hecho eso, lo cual es importante, porque no ha quedado testimonio escrito y lo que vale es lo escrito y no memoria abstracta.

Lo que está descrito en el libro que coordina Arnoldo no es la neta, allí está descrita la versión "oficial" de los que fueron miembros del PCM y por supuesto que escribieron lo que a ellos les convino y no la historia real, hay mucha lagunas en ese libro, que también es importante leerlo.

Saludos

Chicali

CHISTELOGÍA

I

DE COMO CAMBIARLE EL NOMBRE AL APARATO REPRODUCTOR MASCULINO

¿Le llamamos Carlos?

Estaban reunidas unas quinientas mujeres en asamblea, no había más que un punto en el orden del día, cuando sonó una campanilla y se hizo el silencio.

Desde el estrado, la presidenta, con gesto severo, se dirigió a la concurrencia:

- ¡¡Buen día, compañeras!!

Estamos reunidas de forma extraordinaria para Gritos, muchos gritos y aplausos de todas las asistentes...

La presidenta empezó a desgranar preguntas e incógnitas:

- ¿Por qué decirle 'pito' si no suena?

(gritos y aplausos...)

- ¿Por qué decirle 'pájaro' si no vuela?

(gritos y muchos aplausos...)

- ¿Por qué decirle 'palo' si no es de madera?

(más gritos y más aplausos...)

- ¿Por qué decirle 'pistola' si no mata?

(aumenta el griterío...)

- ¿Por qué decirle 'banana' o 'plátano' si no es una fruta?

(ruido ensordecedor por los gritos...)

- ¿Por qué decirle 'polla' si no pía ni come maíz? (se redoblan los gritos y los aplausos...)

- ¿Por qué decirle 'miembro' si no pertenece a ningún club?

(estruendosos aplausos...)

- ¿Por qué decirle 'pipí' si no tiene ruedas ni pita? (ruido y júbilo total!!...)

Desde hoy, queridas amigas y asambleístas,

LO LLAMAREMOS 'CARLOS... SÍ! CARLOS SALINAS.

Silencio total en la sala!!

Todas se miran con asombro.

Sus caras eran todo un signo de ¡interrogación.

Una mujer levanta su mano y pregunta:

-¿¿Por qué ese nombre??

La presidenta, rápidamente, con una sonrisa de satisfacción que le iba de oreja a oreja, responde con voz grave y sonora:

- Muy simple, compañeras, porque es
PELÓN, PELÓN, PELÓN,
PERO
¡BRUTALMENTE DURO EL HIJO DE LA CHINGADA!!!!!!!!!!

II



QUERIDO CARLOS (una impresión ruborizante).

Allá, por el inicio de los años 80 existió una revista en tabloide titulada “Personas” dirigida por René Eclairé quien carecía del sentido de la autocensura. Publicaba lo que sus colaboradores le remitían, sin quitarles punto ni coma. En el directorio de colaboradores figuraban entre otros José Octavio Cano, Efraín Huerta, Raúl Cervantes Ahumada, José Luis Cuevas, Carlos Monsiváis, José Angel Conchello, Ignacio Burgoa, Juan Cervera, Heberto Castillo y Gonzalo Martré.

También existía “Nexos”, donde sí había (y hay) autocensura, pero un día en ella apareció un artículo que cimbró de pies a cabeza el mundillo cultural. Su autor, el hasta entonces desconocido muy joven cineasta José Buil. Buil se botaneaba a Carlos Fuentes. Lamenta la Rana Roja no tener aquel texto memorable, pero sí lo que Martré escribió de él en “Personas” (imposible determinar el número y fecha correspondientes, Eclairé no los ponía al pie de página). Vaya para solaz de los admiradores del “Dandy Guerrillero”.

Mi reacción lógica al leer “Querido Carlos (una impresión ruborizante)” –crónica cultural de José Buil- en la sección “Cabos Sueltos” de la poco leída revista mensual sociocultural NEXOS, fue de estupor. ¿Cómo era posible que NEXOS, una revista donde se santifica todo lo sacralizable, donde se encomia todo lo ya antes elogiado y donde no se ahorra reverencia por mínima que sea, a las figuras premiadas largamente por el sistema, se atreviera a publicar una nota tan irreverente, tan cáustica y escandalosamente bien escrita sobre la imagen del conocido escritor Carlos Fuentes, el futuro Jorge Luis Borges de la literatura mexicana?

En nuestro país no abundan los epígonos de Aristófanes, de Quevedo o Bierce, acaso su más ilustre y desenfadado discípulo fue Salvador Novo cuya trascendencia universal aún no se consolida pese a que algunos de sus deliciosos aforismos, epigramas y sonetos puedan figurar sin desdoro al lado de los textos satíricos de los autores citados. Por eso fue mi estupor: ¿quién es este desconocido José Buil que con tamaña soltura e ingenio reduce la solemnidad prosopopéyica de una velada intelectual, que se atrevió a ridiculizar la egregia Figura? No me cupo duda, al terminar la lectura de tan regocijante crónica, que Buil había escrito con ella su epitafio, pues primero sería denostado y después ninguneado por un sinnúmero de plañideras que lo arañarían desde las páginas de los suplementos culturales al servicio abyecto del lastimadito “Querido Carlos”.

La crónica fue tan certera, tan punzante, tan elegantemente burilada, que suscitó un pequeño escándalo –ventilado dentro de los estrechos límites del periodismo cultural-, caracterizado por una falta absoluta de nivel crítico, el cual fue suplido con insultos llovidos sobre la desdichada cabeza de Buil.

Un coro griego de lánguidos pero indignaditos defensores de CF dejó oír sus cánticos consignando en primer lugar, que la crónica de Buil carecía de antecedentes en la vida literaria del país. Carlos Ramírez de “Proceso” y Eduardo Lizalde de “La letra y la imagen” por dolo o ignorancia –me inclino por la primera posibilidad- entre otros que sería largo citar, pasaron por alto al ya citado Novo cuyos epigramas en contra de Diego Rivera, Abreu Gómez y Luis Spota constan en libros de circulación reciente y, olvidaron también a René Avilés Fabila que, en 1967 publicó una novela **Los Juegos**, donde escarnece –premonitoriamente- a un grupo de intelectuales exquisitos donde no podía faltar el por segunda vez ofendidito Fuentes. Clara es la intención de omitir precedentes: se trata de aislar a José Buil, de convertirlo en perro rabioso, de liquidarlo, en suma.

Al pobre muchacho -25 años de edad- Henrique González Casanova (con “H”, por favor), lo llamó bellaco, ruin, bajo y falto de hombría en “Sábado”, suplemento cultural consagrado desde su fundación a quemar incienso para el “Querido Carlos”. La distorsionada óptica de su ciega y sospechosa admiración impidió ver a HGC lo obvio: muy hombre fue Buil al atreverse con el “Golden Boy”, a sabiendas de los odios que cosecharía.

Por su parte y en las páginas de “Vuelta”, revista cultural entusiastamente reaccionaria y aún menos leída que “Nexos”, Alejandro Rossi volcó sobre Buil una diatriba pretenciosa calificando a la ya célebre crónica de “breve e intensa porquería” a “Nexos” de “periodismo bandolero y excremental”, la intención del contenido “asunto de mordisco y escupitajo como armas de combate” (Querido Carlos, te escupieron tu bronceado rostro y tu viril bigote, haces bien en no limpiarte, yo lo haré por ti, no te muevas, por favor, mis armas son la dignidad y el respeto para ti y para mí mismo).

El director de “Nexos” Enrique Florescano (sin “H”, por favor), entonó la esperada palinodia: no leyó el texto, pide perdón a la Figura y condena al blasfemo sicofante a quien exige retractación pronta.

José Buil no se desdijo y eso que en su crónica hay una flagrante mentira sobre la esposa de la Figura: no es cierto que ella fuese amante de un hermano de Giscard D’Estaing cuando el “Querido Carlos” era embajador en Francia, no, la *vox populi* señalaba como “Sancho” a un modestísimo primo tercero del mandatario galo, lo cual devaluaba el carisma del diplomático, verdadera razón para renunciar a una embajada que –en esas condiciones- se hacía ya insoportable.

¡Qué dolor!, para obtener esa embajada CF no vaciló en declararse –hace diez años- “aperturo”, en militar ostensiblemente en el PRI y en gastar litros y litros de tinta mediante artículos y libros en honor de Echeverría, renunciar a su misión diplomática denota un amor estoico e imperecedero, valor moral claramente especificado por José Buil en su crónica, lo inadvertida para el venezolano Rossi que supone a Buil solitario “abyectamente fascinado por la tez bronceada de CF”, sin querer advertir que la crónica delata a un autor que tan sólo observaba y se divertía llamando al pan, pan y al vino, vino.

EPÍLOGO: José Buil no pudo hacer carrera en las letras mexicanas, no obstante haber demostrado grandes dotes para la sátira. Sin embargo, hizo carrera en el cine. El lector curioso podrá verificarlo si consulta “josé buil” en Google.



AVISOS

**La Rana Roja, henchida
de patriotismo dedica su
próximo número al
¡BICENTENARIO!
no te lo pierdas.**

En vista de que la cantidad de colaboraciones que ha llegado a la mesa de redacción es abrumadora, este homenaje se publicará en tres partes: septiembre 1º, 15 y 30.

Faltan 850 días para que esta cerda sea echada a patadas de su chiquero.



DIRECTORIO

DIRECTOR GENERAL: Juvenal Bardamu

Subdirector: Gonzalo Martré

CONSEJO EDITORIAL: Novo, Leduc, Tablada, Gómez de la Serna, Apuleyo, Juvenal, Celine, Bierce, Quevedo, Nikito Nipongo, Petronio y demás cuadernos...

COLABORADORES: René Avilés Fabila, Orlando Guillén, Francisco de la Parra de G., José Luis Ontiveros, Juan Cervera, Félix Luis Viera, Fernando Reyes, Lucero Balcázar, Laszlo Moussong, Edgar Escobedo Quijano.